

Mas ¿qué no se podría inferir aun de esas terribles pruebas por las que nuestros recientes masones se preparan á herir con el puñal al supuesto asesino de su gran maestro, á ese sino que todos ellos ven, como los templarios, en la persona de Felipe el Hermoso, y que luego pretenden encontrar en la persona de cada rey? Así es que con todos los misterios de blasfemia contra el Dios del cristianismo se han perpetuado los misterios de venganza, odio y conspiracion contra los reyes. Los masones tienen, pues, razon en creerse hijos de los proscriptos templarios. Los mismos proyectos, los mismos medios, las mismas abominaciones no podian trasmitirse mas fielmente de padres á hijos.

Terminemos, pues, haciendo unas observaciones, que no dejarán ningun subterfugio, ni aun á los mismos que pudieran tener alguna duda acerca de los horrores que hicieron proscribir á los templarios. Supongamos á este orden como plenamente libre de toda impiedad y de todo principio que pudiese inspirar temor á las potestades: es bien cierto que no es por considerarlos exentos de esos crímenes por lo que la secta los reconoce como padres de los masones. Los adeptos profundos no se apellidan hijos de los templarios sino porque creen positivamente que aquellos caballeros son culpables de la misma impiedad y de las mismas maquinaciones que ellos. Solo en esos crímenes, solo en esas conjuraciones es en lo que los reconocen por maestros; únicamente como impíos, únicamente como conspiradores es como los invocan.

Y sino ¿por qué razon los Condorcet y los Sieyès, por qué razon Fauchet ó Mirabeau, Guillotin ó Lalande, Bonneville ó Volney, y tantos otros conocidos á la vez por grandes adeptos de la franc-masonería y como héroes de la impiedad ó de la rebelion; por qué razon hombres de esta especie habian de pretender vindicar la memoria de sus antepasados los caballeros del Temple, si no fuera por creer que,

cuando menos, han heredado de ellos todos los principios de esa libertad, de esa igualdad, que nada mas son que el odio al trono y al altar? Cuando Condorcet, alterando todos los hechos históricos, combinando todos los artificios del sofisma, se esfuerza en escitar nuestra gratitud á favor de esas sociedades secretas, destinadas á perpetuar sordamente y sin peligro entre algunos adeptos lo que él llama un reducido número de verdades sencillas, como un seguro preservativo contra las preocupaciones dominantes; cuando en la revolucion francesa no ve mas que el triunfo, preparado y esperado por tanto tiempo por esas sociedades secretas; cuando promete demostrarnos un día si será preciso colocar en el número de esas sociedades á la misma orden de los templarios, cuya destruccion, á su parecer, no fué mas que un efecto de la barbarie y de la bajeza (1), ¿por qué razon le inspiran tan vivo interés los caballeros del Temple? Para Condorcet, las sociedades secretas que merecen nuestra gratitud son formadas por esos supuestos sabios, «que se indignan de ver á los pueblos oprimidos hasta el santuario de su conciencia por reyes, esclavos supersticiosos ó políticos del sacerdocio. Esas sociedades son las compuestas por aquellos supuestos hombres generosos que se atreven á examinar los fundamentos del poder ó de la autoridad, y á revelar al pueblo estas grandes verdades: que su libertad es un bien inalienable; que no hay prescripcion en favor de la tiranía, ni convenio que pueda ligar irrevocablemente una nacion á una familia; que los magistrados, cualquiera que sean sus títulos, sus funciones ó su poder, nunca son dueños del pueblo, sino empleados suyos; que el pueblo conserva constantemente la facultad de retirarles la autoridad, emanada de él exclusivamente, bien sea porque hayan abusado de ella, bien porque juzgue

(1) Ensayo de los progresos, etc., época 7.

que ya no es útil á sus intereses que sigan conservándola; y por último, que tiene el derecho, así de castigarlos, como de deponerlos (4).

De todos estos principios de la revolucion francesa quiere Condorcet reconocer por lo menos el germen en las sociedades secretas, que nos presenta como bienhechoras de las naciones y como preparando el triunfo de los pueblos sobre el altar y sobre el trono. Todo cuanto hace y promete hacer para ver si será posible encontrar en los templarios una de estas sociedades secretas, no es por lo tanto debido mas que á la esperanza de demostrarnos que aquellos tuvieron los principios, los deseos y los medios que andando el tiempo producen las revoluciones. Luego todo ese celo de Condorcet por la sociedad secreta de los templarios, no es debido mas que á la esperanza de encontrar en ellos toda la animosidad que rebosa en su propio corazón contra los sacerdotes y los reyes.

El secreto que Condorcet no dijo sino á medias, le han revelado con menos reserva á otros adeptos, se les ha escapado en sus declamaciones. En el arrebató de su furor, han invocado públicamente los puñales, y llamando á sus hermanos han exclamado: «Atravesad de repente los siglos, y traed los pueblos á las persecuciones de Felipe el Hermoso.—Vosotros, seais ó no templarios,—ayudad á un pueblo libre á edificarse en tres dias y para siempre el templo de la verdad.—Perezcan los tiranos y quede purgada de ellos la tierra (4).» He ahí, pues, lo que para los profundos adeptos significan esos nombres misteriosos de Felipe el Hermoso y de los templarios: el primero, en la efervescencia de las revoluciones, les recuerda los reyes que han de inmolarse y el segundo, los hombres que se

(1) Ensayo de los progresos, etc., época 8.

(2) Véase Bonneville, Espíritu de las religiones, p. 156, 157, 175, etc.

han coligado por medio de un juramento para purgar de reyes á la tierra. Esto es lo que ellos llaman hacer libres á los pueblos y construirles el templo de la Verdad.

Los sabios adeptos de la masonería no se han engañado al contar á los templarios en el número de sus antepasados. Esta opinion se confirma tambien por las relaciones de sus misterios con los de aquellos caballeros; pero ¿de quién habian recibido los templarios el sistema de su impiedad? Esta cuestion no se ha escapado á aquellos hermanos que nada admiraban tanto en sus misterios como esa impiedad. Han hecho pues nuevas indagaciones para saber si antes de los templarios existia en Europa alguna de esas sociedades secretas, en las que estos pudiesen reconocer á sus antepasados. Oigamos de nuevo al mas famoso de los adeptos, al sofista Condorcet. El resultado de sus indagaciones no ha hecho mas que anunciarse: la muerte se anticipó al desenvolvimiento de sus ideas en la gran obra que acerca de los progresos del espíritu humano estaba meditando, de la que sus admiradores no han hecho mas que publicar el plan general bajo el título de Ensayo de un cuadro histórico; pero este ensayo nos basta para disipar el resto de la nube y ver algo al través del velo que la secta no tuvo por conveniente acabar de descorrer.

«En el Mediodía de la Francia, dice el adepto mason y filósofo, se reunieron provincias enteras para adoptar una doctrina mas sencilla, un cristianismo mas depurado, en que el hombre, sometido á solo la divinidad, juzgase, segun sus propias luces, de lo que ella se ha dignado revelar en los libros dimanados de ella.

Estas provincias fueron asoladas por ejércitos fanáticos, dirigidos por gefes ambiciosos. Los verdugos, conducidos por legados y curas, inmolaron á los que se habian salvado del acero de los soldados: establecióse un tribunal de frailes, encargados de enviar á la

hoyera al que apareciese sospechoso de estar char la voz de su propia razon. Sin embargo, no les fué posible impedir que este espíritu de libertad y de examen hiciera frecuentemente rápidos progresos. Reprimido en el país, donde no se atrevia á presentarse, en donde mas de una vez la mas intolerante hipocresia provocó guerras sangrientas, se reproducia y se comunicaba secretamente á otra comarca. Ese espíritu se ve en todas las épocas, hasta el momento en que, ayorecido por la invencion de la imprenta, tuvo bastante poder para librar una parte de la Europa del yugo de la corte de Roma.

Ya entonces existia una clase de hombres que, haciéndose superiores á todas las preocupaciones, se contentaban con despreciarlas en secreto, ó cuando mas se permitian lanzar sobre ellas, como de paso, algunos rasgos de un ridículo, tanto mas picante, cuanto apenas atravesaba el velo de respeto, con que tenian buen cuidado de encubrirlo.

En prueba de este espíritu filosófico, es decir, de esta impiedad, que ya desde entonces tenia sus prosélitos, Condorcet cita en esta época al emperador Federico II, á su canceller Pedro de Vinas, al libro intitulado: *Los tres impostores, las Fabulillas y el Decameron de Bocacio*; y entonces es cuando añade las palabras ya citadas, que nos parece importante volver á repetir aquí: «Examinaremos si en una época en que el proselitismo filosófico hubiera sido peligroso, dejaron de formarse sociedades secretas destinadas á perpetuar, á esparcir sordamente y sin peligro, entre algunos adeptos, un reducido número de verdades sencillas, como seguros preservativos contra las preocupaciones dominantes.»

Examinaremos si debe acaso colocarse en el número de estas sociedades aquella célebre orden (la de los templarios), contra la cual los Papas y los reyes conspiraron con tanta barbarie (1).

(1) *Ensayo de un cuadro, etc. época 7.*

Bien sabido es lo que fueron los *hombres del Mediodia*, en quienes Condorcet se prometió encontrar el origen de esas sociedades secretas. No fueron mas que la horda de los hijos de Manés, que al través de muchos siglos pasaron de Oriente á Occidente en tiempo de Federico II, y se esparcieron por Francia, Alemania, Italia y España: es toda aquella horda de sectarios conocidos con los nombres de albigenses, cátaros, patarinos, búlgaros, begardos, brahanzones, navarros, vascos, henricianos, leonistas y con otra multitud de denominaciones, que nos recuerdan los mas terribles enemigos que las costumbres, el trono y el altar habian tenido hasta entonces en Europa. Hemos estudiado ya sus dogmas y sus diversas ramificaciones, y en ellas hemos visto el monstruoso conjunto de todos los *Jehovah* de las logias masonicas. En su doble principio, se encuentra el doble Dios de los masones de la cabala y de los masones martinistas. En la diversidad de sus opiniones se encuentra toda la concavancia de los masones eclécticos contra el Dios del cristianismo. En sus mismos principios se encuentra la explicacion de sus mas infames misterios, y de los que fueron propios de los templarios. Ellos se ponen á la carne criada por el demonio para tener el derecho de prostrarla. Todo se va relacionando de los cátaros á los albigenses, á los caballeros del Templo, y desde estos á los masones modernos: todo indica en ellos un padre comun. Aún se muestra mucho mas especialmente esta uniformidad en esa igualdad y libertad desorganizadora, que no conocen la obediencia debida al poder espiritual ni al temporal; ellas fueron el carácter distintivo de los albigenses, y las que los designaban al magistrado público como sometidos á las leyes dadas contra la secta. Prosigamos estudiándolos.

En el tiempo de su triunfo y cuando la multitud de estos sectarios les daba ocasion de recurrir á las armas, desplegaban toda la ira, todo el furor de los masones modernos contra

el nombre cristiano, cuando estos pasan del estado de agregacion oculto al estado público, es decir, cuando estallan las revoluciones preparadas por ellos. Antes que los príncipes y la Iglesia se hubiesen unido para contrarrestar á estos enemigos, iban demoliendo las iglesias y las casas religiosas, degollando desapiadadamente á las viudas y á las jóvenes, á los ancianos y á los niños, sin distinguir edad, ni sexo, destruyendo y asolando todo en el Estado y en la Iglesia, como los enemigos jurados del cristianismo (1).

Cuando la fuerza pública triunfó por fin de aquellos feroces sectarios, entonces se re-

(1) Sobre las opiniones de estos sectarios puede consultarse á los autores contemporáneos ó inmediatos á aquella época, como Glaber, testigo de su primera aparicion en Orleans en 1017; en seguida Reinier, que fué uno de sus adeptos durante diez y siete años; Philichdorf, Ebrard y Hermangard, que vivieron con ellos. Puede tambien consultarse á San Antonino, Fleury, Colliers y Baronio. Pero particularmente conviene tener presente los concilios que condenaron aquella secta, y en vista de todo esto, se disiparan muchas preocupaciones acerca de los medios tomados por la Iglesia y por el Estado para anodar de una vez aquellos sectarios que á nada menos conspiraban que á la destruccion absoluta de toda sociedad civil y de todo cristianismo. Como, por ejemplo, se podrá dudar de su igualdad y libertad desorganizadoras de toda autoridad, cuando se sepa que la prueba designada á los jueces para la aplicacion de los decretos dados contra estos sectarios consistia en ver si el acusado era uno de los que sostenian que no se debe obedecer á ninguna autoridad ni espiritual ni civil, y que nadie tiene derecho de castigar ningun erimen? Pues bien, esta es precisamente la doctrina designada por el concilio de Tarragona para saber si los famosos decretos del tercero y cuarto concilio de Letran son aplicables al acusado: *Qui dicunt potestatibus ecclesiasticis vel secularibus non esse obediendum, et poenam corporalem non esse infligendam in aliquo casu, et similia* (Conc. Tarrac., an. 1242). Como se puede pretender aun que el furor de aquellos sectarios no fué mas que una represalia de la cruzada pública contra ellos, cuando se vé que el primer decreto de esa cruzada se dió precisamente para librar la Europa de las atrocidades que estaban ya cometiendo en el país de Tolosa, bajo el nombre de *cotereaux*; en Vizcaya, con el de *vascos*; y en todos los demas países designados bajo las diversas denominaciones de *abrantionibus et aragonesibus, navarriis, bascolis, coterelis et triaverdinis, qui tantam in christianos immanitatem exercent, ut nec ecclesiis nec monasteriis deferant, non viduis, non populis, non senibus et pueris, nec cuilibet parcant aetati aut sexui, sed more paganorum omnia perdant et vastent, etc.* (Conc. Lateran. 1179). Este fué el primer motivo y el primer decreto de aquella cruzada.

dujeron á sociedades secretas. Entonces usaron ya de sus juramentos y de su doctrina oculta, de sus signos y de sus grados como los modernos masones que tienen tambien sus perfectos maestros. Ya entonces tenian la costumbre de no decir á sus aprendices mas que la mitad del secreto (1).

En adelante podemos dispensar á Condorcet sus indagaciones acerca de las sociedades secretas de estos famosos sectarios: no es ese el gran misterio que hay que descubrir en su historia: ya sabemos que ellos tenian su juramento, sus signos, su lenguaje, su fraternidad y hasta su propaganda; y sobre todo, esos secretos que *no era permitido al padre revelar á sus hijos, ni estos podian á su vez revelar al padre; secretos de que la hermana no podia hablar al hermano, ni el hermano á la hermana* (2).

Lo que hay aquí de interesante es la relacion que Condorcet indica entre los misterios de aquellos famosos sectarios, los de los templarios y los de las sociedades secretas modernas. Sabemos lo que fueron los sectarios del Mediodia: conocemos su origen, que si en realidad debe ser el de los franc-masones, bien puede decirse que la genealogia no es muy honrosa para sus adeptos. Ella nos muestra todos los misterios masonicos, remontándose, es verdad, á una antigüedad de diez y seis siglos; mas si este origen es cierto, ¿á dónde irá á parar para mostrarnos la procedencia de los franc-masones? Toda la historia lo ha dicho con claridad: el verdadero padre de los albigenses, de los cátaros y begardos, de los búlgaros, patarinos y de los llamados *cote-*

(1) «Est valde notandum quod ipse Johannes et complices sui non audent revelare praedictos errores creditibus suis, ne ipsi discedant ab eis. — Sic tenebant albanenses, exceptis simplicioribus quibus singula non revelabantur. (Reinier, de catharis Lugduni et Albanens.). Este es precisamente el secreto de las primeras y las modernas logias masonicas, de los simples seducidos y de los adeptos consumados.

(2) Philichd. cont. wald. c. 13.

rea *x*, de todas las sectas, en fin, designada por Condorcet, es el esclavo vendido á la viuda del Escita; es el esclavo *Cúbico*, mas generalmente conocido con el nombre de *Manés*. No es culpa nuestra; á Condorcet deben echársela sus adeptos, si para encontrar el padre de las lógias masónicas y de todos sus misterios hay que remontarse hasta la cuna de este esclavo. Mucho nos ha costado descubrir un origen tan humilde; pero Condorcet nos lo ha venido enseñando desde lejos. El ha visto á este esclavo lleno de indignacion por las cuerdas que amarraron su juventud, buscando ansioso cómo vengarse sobre la sociedad de la miserable condicion de su primer estado. Le ha oido vociferar libertad por haber nacido en la esclavitud, y proclamar la igualdad por haber nacido en el postrer escalon de la gerarquía humana. Condorcet no ha tenido valor para decir: «el primer franc-mason fué un esclavo;» pero nos ha hecho ver á los hijos de *Cúbico* en los sectarios del Mediodía y en los templarios; luego nos ha dado á reconocer á los adeptos de los masones por hermanos y herederos de aquellos sectarios y aquellos caballeros, y esto era decir bastante para poder adjudicar á todos un mismo padre.

Sin embargo, guardémonos de afirmar nada positivo por esta simple prueba. Si los misterios de la masonería se remontan hasta *Manés*, si este es su verdadero padre y fundador de sus lógias, se podrá conocer, primero en sus dogmas, y luego en la semejanza, y conformidad de sus secretos y símbolos. Préstese, pues, el lector, á seguir la comparacion que entre ambas cosas haremos: la verdad que del paralelo resulte no es indiferente para la historia, y además ofrecerá el mayor interés á los gefes de los Estados.

1.º En primer lugar, en cuanto á los dogmas, hasta el nacimiento de los masones ecléticos, es decir, hasta el momento en que los impios del siglo XVIII confundieron con los mis-

terios de las lógias todos los misterios de su deísmo ó de su ateísmo, no se encontrará en el verdadero código masónico otro Dios ú otro *Jehová* que el de *Manés*, ó el Ser universal dividido en Dios bueno y en Dios malo; este es el del mason cabalista, de los antiguos rosa-cruces, y el del mason martinista, que al parecer no hizo mas que copiar á *Manés* y á los adeptos albigenes. Si alguna cosa sorprendente hay es esto, es que en un siglo en que los dioses de la supersticion debian ceder el lugar á todos los de los sofistas modernos, se haya sostenido el de *Manés* dividido en tantas ramificaciones masónicas.

2.º En todos tiempos los delirios de la cabala de la magia fundada en la distincion de ese doble dios, han venido á mezclarse en las lógias masónicas: *Manés* hacia tambien mágicos á sus electos (1).

3.º De *Manés*, sobre todo, proviene esa fraternidad religiosa que para los modernos adeptos no es mas que la indiferencia de todas las religiones. Este heresiarca quiso tener á su favor á los hombres de todas las sectas; á todas les predicaba que todas se dirigian al mismo objeto, y á todas prometia acogerlas con el mismo afecto (2).

4.º Mas lo que sobre todo importa comparar entre el código de *Manés* y el de los recientes masones, son los principios de igualdad y libertad desorganizadoras. Para impedir que hubiese príncipes y reyes, superiores é inferiores, decia el heresiarca á sus adeptos, que toda ley, toda magistratura, es obra del principio malo (3).

5.º Para impedir que hubiese pobres y ricos, decia que todo es de todos, y que nadie

(1) *Magorum quoque dogmata Manes novit et in ipsis volutatur*. (Centur. Magd. ex August.)

(2) Véase Baronio in *Manet*.

(3) *Magistratus civiles et politas damnabant, ut quae a Deo malo conditae et constitutae sunt*. (Véase Centur. Magdeb. t. 2 in *Manet*.)

tiene el derecho de apropiarse un campo, una casa, etc. (1).

Esta doctrina debia sufrir modificaciones asi en las lógias como entre los discípulos de *Manés*. Su marcha conducia á la abolicion de las leyes y de todo cristianismo, á la igualdad y libertad, por el camino de la supersticion y del fanatismo; nuestros modernos sofistas debian dar á sus sistemas un nuevo giro, el de su impiedad. El altar y el trono debian ser igualmente sus víctimas: la igualdad y la libertad contra los reyes y contra Dios, son siempre, tanto para los sofistas, como para *Manés*, el último término de sus misterios.

6.º Las mismas relaciones se observan tambien entre las graduaciones por que pasan los adeptos antes de llegar á los profundos misterios. Los nombres han cambiado; pero *Manés* tenia tambien sus *creyentes* y sus *electos*, á los cuales se añadió luego otra tercera clase llamada de *perfectos*. Estos últimos eran los impecables, es decir, los absolutamente libres, porque para ellos no habia ley alguna, cuya violacion pudiera hacerlos culpables (2). Estos tres grados corresponden á los de aprendiz, compañero y maestro perfecto: el de *electo* ha conservado su nombre en la masonería, pero es el cuarto grado.

7.º Asi como los masones, los hijos de *Manés* se obligaban con el mas inviolable juramento á conservar el secreto de su grado. San Agustín hacia nueve años que se hallaba en el de los *creyentes*, sin haber llegado aun al secreto de los *electos*. «Jura y perjura, pero guarda tu secreto,» tal era su divisa (3).

8.º El mismo número tambien y casi la misma identidad de signos. Los masones tienen tres que califican con el nombre de *signo, tacto y palabra*. Los maniqueos tenian tambien tres,

á saber, el de la palabra, el del tacto y el del seno (1): este último, era de una indecencia tal, que les fué preciso suprimirlo; pero se observó tambien entre los templarios. Los otros dos han seguido usándose en las lógias. Cualquiera mason que desee saber si *habeis visto la luz*, principia por alargarnos su mano para observar si la tocareis como adepto: precisamente hacia lo mismo los maniqueos para reconocerse y felicitarse de haber visto la luz (2).

9.º Si en la actualidad penetramos en lo interior de las lógias masónicas, por todas partes veremos imágenes del sol, de la luna y de las estrellas. Todo esto no es mas que el símbolo de *Manés* y de su dios bueno, que él hacia derivar del sol y de sus espíritus que él decia estar distribuidos en las estrellas. Si el que solicita ser iniciado, no entra aun hoy dia en las lógias sino con una venda en los ojos, es para significar que aun se halla bajo el imperio de las tinieblas de que *Manés* hacia emanar su dios malo.

10. No sabemos si hay todavia adeptos franc-masones bastante instruidos acerca de su genealogía para saber el verdadero origen de sus decoraciones y de la fábula en que se funda la esplicación de sus últimos grados; mas en esto es en lo que particularmente se revela su descendencia de *Manés*. En el grado de maestro, todo indica dolor y tristeza: la lógiá está colgada de negro; en el centro hay un catafalco sobre cinco escalones cubierto con un paño mortuario, y al rededor los adeptos permanecen en un profundo silencio, como deplorando la muerte de un hombre cuyas cenizas se suponen encerradas en aquel féretro. La historia de aquel hombre representa primeramente la de Adoniram y luego la de Molai, cuya muerte es preciso vengar con la de los tiranos. La

(1) *Nec domos, nec agros, nec pecuniam ullam possidendam*. (Ibid. ex Epiph. et August.)

(2) Heron. Proem. dial. cont. Pelag.

(3) *Jura, perjura, secretum prodere noli* (Aug. de Mani.)

(1) *Signa oris, manuum et sinus*. (Centur. Magd. ex Aug.)

(2) *Manichaeorum alter alteri obviam factus, dexteram dant sibi ipsis signi causa, velut a tenebris servati*. (Ibid. ex Epiph.)